

DIEZ LECCIONES  
SOBRE LA HISTORIA  
DEL SIGLO XX

*por*

MARC FERRO





---

**siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.**

CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D.F.

---

**siglo xxi editores argentina, s.a.**

LAVALLE 1634, 11 A, C1048AAN, BUENOS AIRES, ARGENTINA

---

portada de patricia reyes baca

primera edición en español, 2003

© siglo xxi editores, s. a. de c. v.

isbn 968-23-2448-3

primera edición en francés, 1996

© éditions vigot, paris

título original: *dix leçons sur l'histoire du xx<sup>e</sup> siècle*

derechos reservados conforme a la ley

impreso y hecho en méxico

## 1. 1917: ¿POR QUÉ FEBRERO? ¿POR QUÉ OCTUBRE?

Oponer febrero y octubre es un lugar común. De hecho, el carácter espontáneo del movimiento revolucionario se manifestó con la caída del zarismo en el mes de febrero, mientras que ocho meses después, fue la acción de las organizaciones políticas la que desempeñó un papel determinante.

No obstante, un análisis más preciso nos revela que el contraste no es tan sorprendente como podría parecer. En febrero, los partidos políticos y las organizaciones ilegales sin duda ejercieron un papel secundario, pero sus enseñanzas dieron frutos: “Actuábamos como en un sueño”, escribió Kerenski, “y cada uno de nosotros conocía de memoria su papel”. Igual que en 1905, los revolucionarios instituyeron un soviét y establecieron un régimen conforme a los ideales de buena parte de los militantes.

Es difícil imaginar cómo habrían transcurrido los sucesos de octubre si Lenin y sus amigos no hubieran forzado, a su manera, a los bolcheviques a actuar. Empero, recordemos que previamente las masas se habían puesto en movimiento: ejercían una parte del poder y ya no reconocían la legitimidad del estado.

¿Qué definición podría darse a los acontecimientos de octubre: un golpe de estado, una insurrección? ¿Se contentaron los bolcheviques con “tomar el poder al vuelo” o más bien apoyaron un movimiento más vasto?

En realidad, no sólo se trata de averiguar cómo los bolcheviques tomaron el poder, sino también de preguntarse cómo fue que una segunda revolución pudo seguir a la primera y enseguida consolidarse.

### LAS ASPIRACIONES DE LA SOCIEDAD

Después de los acontecimientos de febrero, el mundo se quedó sorprendido por el éxito de una revolución lograda en “cinco días”. Los pueblos de Rusia entonces dieron a conocer, con toda libertad, sus aspiraciones a un mundo mejor. Éste fue un movimiento espontáneo,

si los hay, y único en la historia: también es cierto que los deseos de la nación francesa se expresaron en 1789, pero eso sucedía aún dentro del marco del Antiguo Régimen antes de que la situación explotara y se lograra la revolución. En Rusia, al contrario, los súbditos del zar dieron a conocer sus aspiraciones desde que se enteraron de la caída de Nicolás II y de su remplazo por un gobierno provisional (encabezado por el príncipe L'vov, Miljukov y otros miembros del partido constitucional-democrático "burgués") bajo el control de un soviet de diputados presidido por los mencheviques. Kerenski figuraba en los dos órganos. En ese momento, los partidos políticos, desmantelados por el zarismo, eran incapaces de dar órdenes o de actuar como intercesores.

Al expresar su reconocimiento a los hombres de febrero, manifestándoles su confianza, los habitantes del Imperio dejaron hablar a sus corazones. "Ah, si conociera nuestra existencia", escribió uno de ellos a Kerenski, "comprendería que no vale la pena ser vivida". En menos de quince días, catorce mil cartas y telegramas semejantes a esa misiva llegaron al soviet de Petersburgo. El soviet de Moscú también recibió miles de ellas, así como la дума y el mismo Kerenski, a quien fueron dedicados numerosos poemas, uno de ellos consistente en una oda de cinco estrofas.<sup>1</sup>

Lo más conmovedor eran las demandas de los trabajadores. Con modestia pedían algo más que un salario de miseria: cuarenta horas de trabajo por semana, mejores condiciones de trabajo en las fábricas y seguridad en el empleo. Deseaban que existieran comités para ejercer control sobre la gestión de las empresas; de esta manera, los obreros podrían verificar si sus patrones eran o no capaces de satisfacer sus reivindicaciones. Por tanto, en dicho momento, no se trataba ni de socialismo ni de gestión obrera. En el plano político, los obreros reclamaban la institución de una república democrática y una asamblea constituyente. Ésta tendría como función instalar las reformas estructurales a las cuales aspiraba la nación, sin que se volvieran a cuestionar sus principios. En otras palabras, se daba por entendido que la existencia de los soviets garantizaba las conquistas hechas en febrero, es decir, las libertades "burguesas", donde los soviets (consejos) representaban a las clases o grupos sociales (obreros, soldados, campesinos). El comité de fábrica representaba a la empresa: y más

<sup>1</sup> Retomamos aquí algunas de las conclusiones de nuestro libro, *La Révolution de 1917*, París, Aubier-Montaigne, 1967, p. 606.

tarde el soviét de los comités de fábricas representaba al conjunto; los sindicatos representaban a los gremios. Así se aseguraba el paso de Rusia a un estadio revolucionario más avanzado en aquella era del socialismo. Dicha perspectiva fue abiertamente proclamada por los partidos políticos, aunque menos compartida por los trabajadores.

Sin duda, se deben señalar algunas diferencias: los obreros de las grandes fábricas, recién llegados del campo, tenían una actitud más radical, desconfiada o agresiva hacia las nuevas autoridades. Por otra parte, más seguros de su pan cotidiano, los artesanos, los obreros de las imprentas y los ferroviarios se declaraban plenamente solidarios con un régimen que les aseguraba la libertad. De ahí en adelante, se creyeron iguales a los demás ciudadanos de hecho y de derecho, vivieron en comunión con el nuevo régimen y se sintieron animados por un intenso fervor patriótico. Se entiende la actitud favorable de los ferroviarios hacia el nuevo régimen, por el hecho de que ellos habían salvado a la revolución parando los convoyes con las tropas del general Ivanov, a quien Nicolás II había encargado de la represión. Volvieron a salvarla cuando actuaron de la misma manera con las tropas de Kornilov. Por esto, se consideraban un poco como los protectores de la revolución de febrero y militaban más en las filas de los menchevíques que en las de los bolchevíques.

Más lentos en dar a conocer sus aspiraciones que los obreros, aunque más vengativos, los campesinos deseaban que se tomaran medidas contra sus antiguos opresores. Sus hijos o sus hermanos habían sido movilizados a menudo a las trincheras y se consideraban a sí mismos más marcados por la guerra que los obreros de la ciudad, que habían desarrollado ahí mismo sus tareas, y expresaban de manera bastante brutal sus deseos de una paz rápida. Los mujiks hicieron recordar que querían hacerse propietarios si aún no lo eran, con la voluntad de demarcar sus terrenos imitando a los lotes más favorecidos y esperaban el enriquecimiento de propiedades no cultivadas o subvaloradas. Alimentaban un resentimiento sumamente vivo contra los que poseían más tierras de las que podían cultivar. Los campesinos pobres exigían una distribución gratuita, ya fuera de tierras baldías o de una parte de las grandes propiedades. No eran nada hostiles a la idea de la propiedad privada ni a la de ganarse un salario, ni a la de hacer trabajo de granja: ante todo, esperaban recibir algo inmediatamente. Los kulaks, los campesinos enriquecidos, anhelaban los antiguos dominios de la corona; estaban preocupados por su futuro y temían iniciativas locales. Además, querían que las grandes decisiones

fuesen tomadas por una asamblea constituyente; presentían que, si se mantenían solidarios con otros terratenientes o propietarios, sus intereses estarían mejor defendidos.

Las aspiraciones que los soldados y los marinos dieron a conocer también eran moderadas. Aunque fueran de origen obrero o campesino, el uniforme y la vida en común los había unido al presentar, en primer lugar, sus reivindicaciones como combatientes. Querían que sus familias recibieran subsidios familiares durante el transcurso de la guerra y que se otorgara una pensión a los heridos e inválidos. Ante todo, exigían el abandono inmediato de las antiguas medidas disciplinarias usuales en las fuerzas armadas; hacía falta establecer relaciones basadas en el respeto de la persona humana entre oficiales y soldados. Así, aunque todos deseaban ardientemente la paz, como muchos combatientes de todos los países, dichos veteranos no preveían regresar pronto a sus hogares. Sería excesivo creer, como se ha repetido a menudo, que los soldados y los marinos derribaron al régimen zarista para poner fin a la guerra. Es cierto que para muchos un cambio de régimen podía implicar un cambio de política; sin embargo, para la mayoría, significaba sobre todo que, de ahí en adelante, cada combatiente se sintiera investido con una nueva responsabilidad: demostrarían a sus jefes que éstos no tenían el monopolio del patriotismo. Se daba a entender que las nuevas autoridades sabrían encontrar las vías para lograr una paz equitativa, mediante un acuerdo con los aliados. Posteriormente, la actitud de los soldados cambió. Se opusieron a la idea misma de la continuación de la guerra, porque presentían que los obreros esperaban de esa manera restaurar la antigua disciplina.

Los de otra raza (ucranianos, judíos, etc.) estaban a la expectativa de que el nuevo régimen reconociese su calidad de ciudadanos, su pertenencia a una patria. La existencia de su personalidad solamente podía traducirse en el otorgamiento de derechos colectivos culturales y políticos. La mayoría de los polacos y letones, así como una gran parte de lituanos y finlandeses, esperaban alcanzar la secesión. En dicho momento, unos y otros esperaban que el nuevo régimen los dejara formar contingentes armados autónomos capaces de volver a conquistar sus territorios, que a la fecha estaban en gran parte ocupados por los alemanes. Para los tártaros y otros musulmanes, la lucha contra Turquía no era causa muy popular y deseaban ardientemente la paz.

BLOQUEO POLÍTICO, DINAMISMO SOCIAL,  
PARÁLISIS ECONÓMICA

Cuanto más se hubiera beneficiado alguien de las ventajas del zarismo, más rápidamente se alineaba con el nuevo régimen. Generales, popes y grandes duques fueron el ejemplo. Los siguieron los funcionarios. Así pues, cada ciudadano consideraba dicha revolución como propia, o al menos como obra de todos. No solamente se sentían frustrados con “su” revolución los soldados, los campesinos o los obreros, sino también los oficiales y los “burgueses”.

Instalados en el gobierno tal como deseaban, aunque no en las condiciones que habían esperado, los burgueses no habían podido salvar al zarismo. Dueños del poder, querían, por lo menos, fortalecerlo y realizar sus propios planes para el futuro. Creían (como lo aseguraban la mayor parte de los líderes revolucionarios) que, habiendo tomado el poder, lo conservarían mucho tiempo. ¿Acaso no enseñaba la historia que a fin de cuentas, y a pesar de las dificultades pasajeras, la fuerza permanecía con los “burgueses conquistadores”? Querían ganar la guerra y anexas los estrechos, acaparar y racionalizar la producción, volverse independientes de las oficinas y, luego, aflojar las garras del capital extranjero. Apoyados en sus principios democráticos, declaraban que dejarían la tarea de realizar las reformas estructurales a una asamblea constituyente, pero, en realidad, como nos demuestra el testimonio de Gutchkov, el ministro de Guerra, nunca pensaron en convocarla. Argumentaban que el estado de guerra volvía imposible cualquier consulta electoral. También querían proseguir las hostilidades hasta llegar a un final victorioso, lo que también podría significar el final de la revolución.

Así, las aspiraciones de los trabajadores chocaron con la intransigencia de los propietarios, una situación poco propicia para la colaboración entre las clases. Está claro que los que apoyaban la conciliación, representantes de burgueses y obreros, campesinos pobres y *pomesniki*, iban en contra del sentimiento profundo de los grupos que supuestamente representaban.

Fueron los “conciliadores”, tanto en el soviét como en el gobierno, quienes tomaron el poder y lo conservaron, y aun llegaron a colaborar en el seno del mismo gabinete, de la misma coalición.<sup>2</sup> Preocupados

<sup>2</sup> Sólo Gutchkov, Manuilov y Miljukov dejaron el gobierno en la crisis de abril, suscitada en parte por las manifestaciones anarcobolcheviques, en favor de una paz sin anexiones ni contribuciones.

por resguardar el futuro del nuevo régimen, los triunfadores de febrero determinaron que su unión era lo único que podía garantizarlo frente a los partidarios de soluciones intransigentes. Atrapados en el fuego cruzado de los que abogaban por un régimen autoritario (o militar) y los que soñaban con instalar una sociedad sin clases, el “doble poder” practicó una política de báscula y tomó refugio en la inmovilidad, argumentando, según le convenía, incompetencia o ilegitimidad ante las elecciones. Así, el gobierno y los dirigentes mencheviques y socialistas revolucionarios de los soviets no se atrevieron a actuar, no supieron imponer la paz social en las ciudades, ni pudieron proceder al inicio de una reforma agraria, ni a arreglar el problema de las nacionalidades. Sobre todo, no supieron ganar la guerra ni ponerle fin.

\*

Si los dirigentes de la nueva Rusia hubieran logrado concretar algunas de las esperanzas de la nación, seguramente habrían fallado en la etapa siguiente, porque las aspiraciones de unos y otros no sólo eran antagónicas: no correspondían a las posibilidades del momento.

La burguesía quería tomar las riendas del porvenir del país. Sin embargo, de cara a las reivindicaciones de la clase obrera, todavía no tenía los medios para hacer las concesiones que los más lúcidos de sus representantes juzgaban indispensables. Los obreros textiles eran una clase social establecida hacía mucho, pero, en otros sectores, la gran burguesía industrial no había tenido tiempo de acumular grandes ganancias, como en Gran Bretaña o Francia; además padecía la falta de disponibilidades, ya que siendo deudora sólo controlaba una parte de los capitales que podía usar. Con tan estrecha libertad de maniobra, faltos de flexibilidad, se les dificultó mucho transformar sus actividades y mantuvieron una mentalidad victoriana o luisfelipista. Tan desprovista como endeudada, dicha burguesía estaba buscando nuevos acreedores el mismo día que tomó en sus manos la economía de la nación. Estados Unidos había aceptado ayudarlos, a condición de que mantuvieran las hostilidades aun sin declarar la guerra a las potencias centrales: característica que indica bien la dependencia de Rusia de Occidente, tanto como la solidaridad de Washington con París y Londres. Primer obstáculo.

Habiendo entrado en la carrera de la modernización en el último lugar, la economía rusa no sólo tenía la desventaja de ser dependiente

y frágil a la vez: “arrancaba” en un umbral demasiado bajo y su retraso económico se manifestaba en cada índice de actividad. En los últimos años del zarismo había logrado progresar de manera espectacular, pero es engañoso evaluar en porcentajes. En lo que respecta a las industrias mecánicas, por ejemplo, se nota que, en una época donde las grandes potencias eran exportadoras, la Rusia de Nicolás II sólo proveía el 12% de sus necesidades de consumo de máquinas de vapor, ya que utilizaba muy pocas. Respecto de la mayoría de los índices de progreso (índice de incremento de la producción agrícola, consumo de algodón crudo, producción de hierro bruto por habitante, índice de desarrollo de ferrocarriles, consumo de energía por habitante, etc.), Rusia se encontraba en el último lugar de las diez potencias más grandes de la época. No sólo tenía medio siglo de atraso comparada con Francia o Estados Unidos: no estaba nada claro cómo podría recuperarse.<sup>3</sup>

La guerra manifestó las debilidades de la economía rusa y las agravó. Las exigencias de dieciséis millones de militares, la pérdida de Polonia y de una parte de sus industrias, y los intereses de los aliados son varios de los factores que actuaron de manera desigual pero en el mismo sentido: la industria rusa tuvo que convertirse y extenderse enteramente hacia la producción de bienes destinados a la defensa y no pudo enfrentar las necesidades civiles.<sup>4</sup> Muy concentrada, rígida, más avanzada por sus rasgos estructurales que por su nivel técnico de desarrollo (excepto en las industrias químicas, la imprenta y algunos sectores más), la industria rusa no pudo contar con ninguna válvula de seguridad. En unos cuantos meses, la retaguardia carecía de productos manufacturados, lo cual rompió el mecanismo de la economía y tuvo consecuencias incalculables. Ya que no podían proveerse de productos industriales, los campesinos desaceleraron sus repartos a las ciudades. ¿De qué servían rublos inútiles? Sobrevinieron una doble alza de los precios agrícolas e industriales, de los salarios que no tardaron en seguirlos y muchas otras causas circunstanciales que se sumaron a los sucesos de febrero.

Tras la caída del zarismo, la burguesía estaba decidida a aplicar su propio programa para el futuro, y se encontraba poco dispuesta a

<sup>3</sup> Sobre dichos hechos, véase el análisis de Bairoch, “Niveaux de croissance au XIX<sup>e</sup> siècle”, *Annales E.S.C.*, 1965-6, pp. 1091-1118.

<sup>4</sup> El hecho está claro en lo que concierne a las industrias metalúrgicas del sur. Es menos aparente, pero igual de real, en muchos otros sectores de la economía. Cf. *Ekonomiceskoe polozenie Rossii nakanune velikoj oktiabr'skoj socialisticeskoj revoljucii*, Moscú, 1957-2, p. 125.

tratar de manera paritaria a las clases obreras, de modo que no supo apreciar la amplitud del movimiento reivindicativo. Cuando los trabajadores formularon peticiones razonables, se interpretó dicha modestia como señal de timidez. Además, una parte de los trabajadores, campesinos y soldados abrigaban propósitos patrióticos; los dirigentes burgueses esperaban volverlos contra sus camaradas más avanzados. Esta doble equivocación de juicio se sumó a razones de orden más tradicional o a imposibilidades que impulsaron a la burguesía a adoptar una actitud intransigente respecto de las reivindicaciones de las clases populares. Esto lo iban a pagar muy caro.

A partir del mes de mayo, por no haber sabido satisfacer dichas peticiones a tiempo, los patrones tuvieron que enfrentar huelgas gigantescas. Éstas agravaron la situación de la economía. A partir de 1915, la producción de fuentes de energía, materiales y bienes de consumo había empezado a disminuir, a pesar de que hubo una recuperación a fines de 1916. El proceso de degradación y descomposición del sistema económico se hizo aún más grave. Empero, otros mecanismos intervinieron también y se sumaron a los que databan de la época zarista. Por no recibir materias primas –sea porque el nivel de producción había bajado o porque la crisis de los transportes bloqueaba los intercambios comerciales– varias empresas cerraron sus puertas para no tener que remunerar a sus empleados “que ya no trabajaban” (quienes a su vez se sumaron al grupo de los descontentos). Agregado al movimiento de los cierres de fábricas, que fue la respuesta de los patrones a las reivindicaciones obreras, dicho paro de producción rompió aún más el sistema normal de las relaciones económicas. Más adelante, al ocupar las instalaciones, unos comités de fábrica tomaron las riendas de la gestión de las empresas para asegurar su buen funcionamiento y los capitalistas bloquearon el juego de los repartos y encargos para asfixiar a los nuevos gerentes. Preferían hacer sabotaje o aun destruir su patrimonio antes de ver amenazados sus privilegios de clase.

Sin medios de transporte ni compradores, miles de toneladas de materias primas o de verdura se deterioraban a pocas versts de Petrogrado.

La red económica del siglo xx, impuesta sobre las estructuras antiguas de producción e intercambio, se rompió, se fragmentó y luego desapareció, para volver a aparecer unos años más tarde. Poco a poco, las relaciones microeconómicas relevaron el complejo sistema de la economía del antiguo régimen: así se estableció un proceso de trueque y se firmó un acuerdo entre el comité de suministro de Stavropol

y el de Astrakán. Ni las autoridades ni Petrogrado fueron avisados. Un ejemplo entre otros.<sup>5</sup>

Retraso, dependencia, fragmentación. La vida económica se encontraba paralizada en un momento en que la sociedad reventaba de dinamismo. Liberado de un solo golpe de Nicolás II y del zarismo, el pueblo ruso se regocijaba con esa alegría que sigue a las largas esperas. Durante mucho tiempo no había tenido más que dos opciones bajo la opresión: la rebelión o la fuga. Se le daba a escoger entre la revolución o la emigración: se podía ir a América o a Siberia para iniciar una nueva existencia o, entre todos, intentar transformar el régimen. Sublevándose o emigrando, los súbditos del zar no fueron tan pasivos como uno podría suponer. Herzen lo notó. En una carta a Michelet, en 1854, escribía: “El día que Rusia haga su revolución, no aceptará nada del campo enemigo; nunca será protestante, nunca se quedará a medias en ningún asunto; no hará la revolución con la única meta de deshacerse del zar y pagar como precio a su victoria más que representantes zaristas, tribunales zaristas y leyes zaristas.” ¿Será que dicho vigor se explica por el hecho de que en Rusia la iglesia ha estado asociada siempre al estado, y nunca hizo el papel de freno, como en Occidente, donde neutralizó y canalizó una parte de la energía popular? ¿O será más bien que la sociedad rusa llevaba mucho tiempo frustrada por no haber logrado nunca imponer concesiones o reformas al zar, y quiso afirmarse por la fuerza?

En los años que precedieron a la guerra, el pueblo ruso había dado muchas pruebas de vivacidad y agilidad. Después del fracaso de la revolución de 1905, los campesinos y obreros respondieron intentando integrarse en el sistema económico y social que los oprimía, como atestiguan el desarrollo extraordinario del movimiento cooperativo, especialmente en el campo. La renovación cultural y artística, y el progreso de la industria también son testigos de la vitalidad de la burguesía y la élite intelectual. Cuando empezó la guerra, fue suficiente que la derrota amenazara su quehacer y entonces, por reacción de autodefensa, cada grupo social se organizó para defender sus intereses: los industriales, los médicos, etc., y “siempre sin autorización”, como se señala en un reporte de policía en 1916. En dicha fecha, sin saberlo, los rusos empezaban a gobernarse a sí mismos: el

<sup>5</sup> A principios de 1917, se pensaba que era necesario triplicar el parque de locomotoras. En julio, sólo el 30% de ellas estaban en circulación. Las otras no, por falta de carbón. Sin embargo, en las minas carecían de material, etcétera.

ejército por un lado, los productores y los consumidores por el otro. El estado no era más que una cáscara vacía: la revolución había empezado aun antes de estallar.

De hecho, al leer todas las cartas y peticiones dirigidas al gobierno provisorio, al soviét y a Kerenski, uno se queda confundido: no se perfila la imagen estereotipada de un pueblo retrasado, dispuesto a someterse a lo que sea ni a seguir a cualquiera. Queda claro que la acción de la burocracia, que había desarrollado la educación, había dado sus frutos. Pero también daba frutos la acción de la inteligentsia, los deportados, las organizaciones legales e ilegales: en 1917, al derrocar al régimen del zar, los ciudadanos de la nueva Rusia estaban políticamente en un estado de movilización permanente. Lo confirman las imágenes cinematográficas: en marzo de 1917, haciendo cola para hablar en los mítines, cada ruso traía en el bolsillo un plan listo para la regeneración del país.

Políticamente, la sociedad había evolucionado por sobre las posibilidades de la economía. Por lo tanto, era difícil satisfacer sus aspiraciones de acrecentar, de manera simultánea, las ganancias de los terratenientes y el nivel de vida de los trabajadores.

Además, las clases populares no podían obtener de la revolución todos los beneficios que esperaban, porque a veces, sin ser conscientes de ello, tenían un comportamiento que iba en contra de los mismos principios que formulaban. Dicha actitud venía como herencia de un largo pasado de servidumbre. Los rusos, que muchas veces eran más enérgicos que sus líderes políticos, más revolucionarios y, desde luego, más intransigentes y más “bolcheviques” que los bolcheviques, a la vez manifestaban una mentalidad arcaica. Así, en 1917, los autores de las proclamas con más lamentos respecto del destino del ser humano eran los mismos que, al día siguiente, suscitaban pogromos o ejercían una justicia sumaria, como en Elisavetgrado. En el campo, la desconfianza atávica hacia la gente de la ciudad había resucitado desde que las primeras decepciones les hicieran dudar de la buena voluntad de los hombres de febrero. Cuando éstos evocaron públicamente los diversos tipos de reforma agraria posible y planearon hacer un inventario de las cosechas, un grupo de campesinos imaginó lo peor y enseguida escribió a dichos “señores”: “Nuestros abuelos llegaron descalzos. Compraron la tierra, pagaron a los bancos y a los señores feudales. Nuestros padres pagaron, nosotros pagamos. ¿Y quieren quitarnos nuestras cosechas y nuestras tierras? No daremos nada. Nos dijeron que vendrían por ellas. Que vengan a

ver...”<sup>6</sup> La mentalidad campesina confundía fácilmente lo revolucionario y lo estudiantil: alguien podía volverse sospechoso cuando el imaginario del campo lo asociaba con la ciudad, que representaba la opresión, el estado, el mal. Aunque todos eran proletarios, los miembros de los comités de suministro con frecuencia recibían una paliza. “Oye, tú —exclama un mujik señalando a un joven militante que había venido a organizar las listas electorales—, tienes las uñas bien largas... ¿No serás el Anticristo? Los campesinos gritan y atacan al pobre para averiguar si no tenía cola y estaba cubierto de pelo.”

La desconfianza era recíproca: en Isim, cerca de Tobolsk, el comité de suministro decidió que, de ahí en adelante, todo el trigo llevado por los campesinos al mercado sería susceptible de requisición. Instituyó también un monopolio de compra y venta. Cerca de Tambov, los pequeños productores de tabaco y de verduras se sublevaron: el comité de la ciudad había requisado su cosecha al precio más bajo. “Sin embargo, escribieron los campesinos, nuestro pueblo ofreció más de 500 000 rublos a la revolución” (sin duda, a cambio de libertad). También en la región de Tambov, el príncipe Viazemski, “muy amado por los campesinos”, se negó a conceder una de sus reivindicaciones: en consecuencia, le sacaron los ojos y le perforaron el pecho antes de que los soldados y los mujiks sublevados pudieran cortarle la cabeza. Dicho suceso no fue un caso aislado, y sucedió antes de la toma de poder por los bolcheviques.<sup>7</sup>

De esta manera, no transcurrieron más de seis semanas entre la alegría de las jornadas de febrero, el desencanto de abril, y la amargura y la cólera del verano. Incapaz de contenerse, la sociedad se vuelve a encontrar en la atmósfera febril de una tradición más antigua, la *Pugacevschina*.

Otra característica: aunque los rusos querían rápidamente libertad para todos, privaban a las minorías de sus derechos. Los soviets se creían representantes de la población entera. Unánimes en decirse democráticos, los dirigentes de los trabajadores reducían de buena gana la representación de los soldados en los soviets. Y aunque los rusos estaban a favor de los derechos de los extranjeros, seguían oprimiéndolos sin ser conscientes de ello. Por ejemplo, no notaban que en el soviet de Helsinfors no había ningún finlandés, ni un solo

<sup>6</sup> Archivos de la revolución, CGAORSSR, 3, 1, 363.

<sup>7</sup> Comunicación N.V. del 26 de agosto de 1917 y CGAORSSR, 3 y 66: estos hechos datan del mes de agosto.

azerí en el soviét de Bakú. En las asambleas de soldados gritaban los representantes estonios, judíos o ucranianos, exigiendo la formación de contingentes separados. La moción del congreso panmusulmán de Nijni-Novgorod declaraba que: “La joven Rusia no le presta más atención al problema de los musulmanes que el antiguo régimen.” Por su lado, en Alma-Ata, el congreso campesino ruso proponía “para vencer el antagonismo nacional, aislar a los indígenas y reforzar las guarniciones”.<sup>8</sup>

En febrero, las peticiones de los soldados, obreros y campesinos habían definido la vocación de dicha revolución, que habría de ser democrática, reformista, humanitaria y universalista. En realidad, desde que los hechos empezaron a producir resistencia y sustituyeron a los sueños, se manifestaron otras tendencias, que crearon un nuevo aspecto de la revolución.

El desarrollo económico ruso estaba bloqueado por un proceso de degradación que se debió a la guerra y que la revolución de febrero aceleró. Además, Rusia era recorrida por corrientes antagónicas, lo cual frenaba su arranque, aunque también hubo conflictos internos que no supo diagnosticar.

La sociedad exigía movimiento y se sentía paralizada.

#### ¿GUERRA O REVOLUCIÓN?

¿Existían soluciones a estas dificultades? Los revolucionarios consideraban que el problema de la guerra dominaba a todos los demás. Sin embargo, a diferencia de los otros asuntos, éste no sólo dependía de la voluntad de los ciudadanos: hacía falta convencer tanto al enemigo como a los aliados de concluir una paz sin incorporaciones ni contribuciones. En abril, el fracaso de los primeros actos de fraternidad, una especie de balbuceo en favor de la paz, atestiguó que la paz entre los pueblos sucedía por acuerdos celebrados entre los gobiernos. Éstos, por su parte, no lograban ponerse de acuerdo. ¿Sería dicha falla únicamente culpa de Guillermo? Los bolcheviques aseguraban que no. Los ministros burgueses eran responsables por igual: tanto los de París como los de Londres o los de Petrogrado. Por con-

<sup>8</sup> Véanse las entregas de *Neue Orient* del mes de agosto de 1917. Para el tema de los musulmanes del imperio, uno se puede apoyar en los hechos reunidos por H. Carrère d'Encausse, *Réforme et révolution chez les Musulmans de l'Empire russe*, París, 1966, p. 310.

siguiente, había que abatirlos, al igual que al zarismo. ¿Acaso no eran ellos los que, sin hacer nada para conseguir la paz, más bien se oponían a todas las reformas y en Rusia condenaban a los obreros y a los campesinos a la miseria?

Tanto en Rusia, como fuera de ella, el problema de la guerra estaba ligado a una cuestión de poder. Lenin confiaba en que el proletariado alemán podría deshacerse de Guillermo sin mucha demora. En Rusia era necesario que el gobierno burgués cediera el poder a los soviets.

\*

El problema del poder dividió a los rusos revolucionarios más que ningún otro. Tanto antes como después de la caída del zarismo, su definición y su resolución estaban indisolublemente asociados. En efecto, se trataba de averiguar si el proceso de desarrollo en el que se encontraba el país, así como las condiciones generales que en ese momento imperaban dentro y fuera de Rusia eran oportunas, o no, para que las clases populares tomaran el poder e implantaran el socialismo. ¿Podían? ¿Debían? Y si la respuesta era positiva, ¿qué estrategias debían adoptarse para llevar a cabo el proyecto? De hecho y paradójicamente, dicha manera de ver las cosas no era únicamente la de los dirigentes marxistas o populistas, sino que también la adoptaban sus seguidores. Los medios burgueses seguían un razonamiento parecido: juzgaban que la hora del socialismo no sonaría en Rusia durante mucho tiempo y se preguntaban si no sería hábil de su parte dejar el poder, al menos por un tiempo, en manos de unos revolucionarios inexpertos para que se desacreditaran ellos mismos por sus propios medios.

Este problema del poder tenía otro aspecto. Hacía falta definir lo que significaba la toma del poder por el proletariado, había que precisar la forma que iba a adquirir. ¿Se trataría de un régimen que iba a instaurar el poder de los soviets? Pero, ¿de qué manera lo ejercerían? ¿Las instituciones revolucionarias procederían por la mediación de un gobierno o más bien por el ejercicio directo de la soberanía? En otras palabras, ¿significaría la desaparición o el fortalecimiento del estado? ¿Las razones que resultaban válidas para éste, lo seguirían siendo el día en que desapareciera el orden capitalista?

En febrero, el éxito de la revolución había sido tan inesperado como su inicio. Retomando la tradición de 1905, los líderes revolucionarios formaron un soviets que poblaron con representantes de todas las ten-

dencias de la opinión democrática, desde los más moderados “laboristas”, amigos de Kerenski, hasta anarquistas y bolcheviques. La дума titubeaba ante la empresa de constituir el gobierno: todo dependía de la actitud del soviét. Es por eso que, desde los primeros días de la victoriosa revolución, el problema del poder fue planteado concretamente a todos los dirigentes.

En la derecha, había una minoría de mencheviques, socialistas-populistas, socialistas-revolucionarios, etc., que estimaban que, por naturaleza, dicha revolución era “burguesa”. Además había que permitir que la дума constituyera un gobierno y considerar la participación eventual de los socialistas como un éxito. Algunos, inclusive, lo creían esencial.

La mayoría criticaba dicha manera de ver las cosas. Juzgaba, con Sujanov, un político sin-partido cercano a los socialistas zimmerianos,<sup>9</sup> que al no poseer Rusia los medios para hacer una auténtica revolución socialista, la participación de los socialistas en el gobierno no tendría más función que burlarse de los trabajadores, perjudicar su emancipación y desprestigiar a los líderes. Una auténtica revolución socialista no sería posible hasta el día en que Rusia se pudiera respaldar en una Europa también socialista. Mientras tanto, hacía falta que la дума asumiera sola el poder, y que los revolucionarios aseguraran el mínimo de garantías para que, a continuación, se pudiera avanzar a la siguiente etapa de la revolución. Durante ese tiempo, los soviets desempeñarían un papel de fortalezas proletarias plantadas en un país burgués. Aseguraban salvaguardar las conquistas de la revolución.

En la extrema izquierda, una minoría compuesta por anarquistas, bolcheviques y mencheviques “unitarios” determinaba que era absurdo que las masas se alejaran de un poder que ya controlaban. El 3 de marzo, ciertos bolcheviques ya aclamaban la fórmula “todo el poder a los soviets” (*Vsia vlast' sovietam!*). Pero en la reunión del soviét en Petrogrado, la delegación bolchevique se adhirió a la tesis de la no participación, con un apoyo incondicional a un gobierno “burgués”.

Así, los revolucionarios reconocían la legitimidad del poder gubernamental que la дума iba a instalar y sólo la apoyarían “en la medida que” aplicara un programa con el que estaban de acuerdo.

<sup>9</sup> En Zimmerwald, Suiza, en 1915 se reunió una conferencia, donde la extrema izquierda socialista condenó la guerra y el voto de los créditos que otorgaban los socialdemócratas: firmaron entre otros el alemán Lebedour, los franceses Bourderon y Merrheim, los rusos Lenin y Axelrod, etcétera.

Elaboraron los puntos de dicho programa que resultaron ser exactamente las mismas exigencias de los partidos liberales tradicionales, que no tenían nada de socialistas. De esta manera, estaban seguros de que la дума mantendría el poder y de que no volvería a los Romanov. Dicha táctica se explica por la incertidumbre que existía en aquel momento; no se atrevían a creer que el zarismo hubiera cesado toda resistencia; demasiadas exigencias habrían replegado a la дума al campo de la represión: ¿cuál habría sido, entonces, el resultado de esa revolución?

Unas cuantas semanas después, esos argumentos ya no tenían razón de ser. No obstante, el problema del poder quedó postulado en los mismos términos y no se puso en discusión ninguna modificación de la política escogida por el soviét. La izquierda se quedó sumamente molesta: anarquistas y minorías bolcheviques estaban seguros de que cada día el doble poder traicionaba un poco más las aspiraciones de la población. Kamenev y Stalin pensaban, por el contrario, que las fuerzas de la contrarrevolución no estaban vencidas aún, por lo menos fuera de Rusia: “¿De qué serviría hacer avanzar los acontecimientos si ellos solos progresaban a tal velocidad?” El descrédito del gobierno iba en aumento día a día. Explicaban: “Lo importante, no es lograr la toma del poder, sino más bien saber conservarlo después.”

De regreso a Rusia, el 4 de abril, Lenin les negó la razón. En sus *Cartas de lejos*, escritas en Suiza a fines del mes de marzo, explicaba que los soviets debían ejercer el poder con un gobierno paralelo y no solamente contentarse con ejercer una vigilancia sobre los actos del gobierno. Los soviets debían disponer de una policía y de una administración, lo cual sería la única manera de proceder a la destrucción efectiva del antiguo régimen, cuya representación, o sea, el zarismo, era lo único que había sido abatido. Señalaba que la tarea de los soviets era lograr en Rusia la “dictadura democrática revolucionaria de los obreros y los campesinos”. Sin embargo, cuando definió dicha dictadura, no precisó cuál sería el papel de los soviets de ahí en adelante. En abril, tampoco aclaró lo que sucedería con ese papel una vez pasada esa etapa. Sea lo que fuere, apenas llegó a Petrogrado, preconizó la instauración de una república de soviets. Las palabras clave, “todo el poder a los soviets”, estaban en todas las pancartas de los manifestantes de abril, al tiempo que la vanguardia anarcobolchevique se sublevaba contra la política anexionista de Miljukov y, de manera más general, contra un gobierno cuyos miembros, con la excepción de Kerenski, tardaban en llevar a cabo las reformas.

La crisis de abril obtuvo un resultado paradójico: en el momento en que la vanguardia de la clase obrera y la reacción organizada se estaban enfrentando en la calle, condenando cada una por su lado toda política de conciliación, los soviets se unían oficialmente a la política de “colaboración entre clases”, haciendo entrar a sus líderes en el gobierno. Se adherían también al díptico de los mencheviques y Kerenski: defender la revolución contra el enemigo del interior y del exterior; luchar por la paz. Siendo una minoría en el seno de los soviets, los bolcheviques, los mencheviques de izquierda (la tendencia de Martov) y los amigos de Trotski medían su impotencia: eran solamente 160 entre los 1 090 delegados. Repetía Lenin: “El proletariado no es suficientemente consciente, hace falta explicarle con calma... que la guerra es una guerra de bandidos, que pedir a los burgueses que renuncien a sus vinculaciones equivale a pedir a un comerciante que sea honesto.”

En el congreso de junio, los soviets se negaron una vez más a reivindicar el poder: la consigna de los bolcheviques parecía ya no tener sentido. Y entonces, ante la estupefacción de todos los militantes revolucionarios, dándole vueltas a la situación, Lenin declaró: “El ciudadano ministro de Correos y Telégrafos (el menchevique Tseretelli) acaba de declarar que la situación es muy complicada y que no existe un partido político en Rusia que exprese explícitamente el deseo de tomar por sí solo el poder en sus manos. A eso respondo que tal partido existe; ningún partido tiene el derecho de rechazar el poder y el nuestro no lo rechaza. Está dispuesto en cada momento a tomar el poder en sus manos.”

Ya no se trataba del poder de los soviets.

Esas palabras sorprendieron: así, aunque eran minoría en el *soviet de obreros y soldados*, los bolcheviques aceptaron asumir *solos* todo el poder. Los mencheviques y los socialistas-revolucionarios estaban indignados. Los demás bolcheviques estaban incómodos. Unos días más tarde, sin embargo, los bolcheviques generaron una manifestación para impulsar a los soviets a asumir el poder: acusaron a Lenin de repudiar la tradición social-demócrata y de regresar al blanquismo. La mayor parte de los militantes de las organizaciones revolucionarias lo desacreditó; únicamente Trotski lo defendió.

En realidad, no se trataba de “blanquismo”: sin duda la mayoría de los revolucionarios se oponían a que los soviets asumieran la totalidad del poder, y les pareció aun menos admisible que los bolcheviques se lo quedaran. Empero, la relación de fuerzas en el seno del

mundo de los dirigentes revolucionarios era muy diferente de las relaciones de fuerzas en el seno del movimiento de masas. Dicho movimiento evolucionaba rápidamente y el avance había aumentado su poder al fracasar la política de conciliación.

Tanto en la ciudad como en el campo, tanto en la Gran Rusia como en las otras naciones, atrapada entre la presiones de la derecha y la izquierda, la política de conciliación había fallado, sobre todo después del fracaso de la lucha por la paz. La ofensiva de Kerenski no había dado frutos; la reacción volvía a levantar la cabeza: ¿no era lógico que la situación llevara, el día de mañana, a reiniciar la guerra, esta vez hasta la muerte, y así se sofocara la revolución? Animadas por los soldados y rescatadas por los bolcheviques, las jornadas de julio fueron expresión de la cólera de las masas desilusionadas que no habían visto satisfechas, ni siquiera parcialmente, sus aspiraciones. La opinión puso en la mira a “los ministros capitalistas” y a los líderes del soviét que se negaban a asumir el poder. Estos reaccionaron acudiendo a las fuerzas armadas de la República. Para Lenin, obligado a la fuga, la consigna “*Vsja vlast' sovietam!*” no era ya el único camino al poder.

\*

Las jornadas de julio causaron una ruptura entre el ala avanzada de las masas y sus líderes, y también, por otra parte, con la democracia de los soviets elegidos en febrero. Se produjeron heridas profundas que dejaron sus cicatrices en el seno del mundo de la militancia. Más que nada, tuvieron consecuencias a futuro: la victoria de los hombres de febrero fue completamente rechazada, y dando un giro completo, de ahí en adelante surgió la opinión de que el doble poder era un gobierno, como los demás, y dejó de ser considerado como surgido de la revolución.

Los “conciliadores” llevaban cuatro meses generando disputas respecto de la naturaleza de la revolución, de sus tareas y de sus objetivos. Dicha sea la verdad, para ellos todo daba vueltas alrededor de una sola pregunta: ¿qué parte del pasado debía ser resguardada? Miljukov había querido regenerar el estado, Kerenski quiso resucitar el ejército; Shingarev, restablecer las finanzas; Chernov, reconstituir el antiguo partido populista; Tseretelli, reinstalar la autoridad de la Internacional; y Skobelv quería que todos regresaran a trabajar. Todos habían querido restablecer la relación gobernantes/gobernados.

¿Habrían tenido estos hombres la vista tan corta para no haberse dado cuenta de que dichos objetivos no tenían relación con los deseos de la población? De ahí en adelante, por no haber logrado ni la menor reivindicación, la población empezó a aspirar a una existencia completamente nueva, donde no hubiera ni patronos ni obreros, donde la tierra perteneciese al que la trabajaba, donde todos los hombres fueran iguales y donde las relaciones sociales se establecieran sobre principios de un nuevo derecho. También decepcionados por la revolución, muchos pueblos de otras nacionalidades reclamaban su independencia. En cuanto a los rusos, exigían no ser despojados de su calidad de ciudadanos. Ahora bien, desde febrero, había quedado demostrado que el tema recibía una interpretación muy amplia. Se rechazaba todo lo que representaba al estado como supervivencia de un pasado aborrecido. Un gobierno al cual se le oponía la autoridad del soviét resultaba sospechoso; también eran sospechosas las decisiones tomadas en un soviét en el que no se participaba. Legalmente, la asamblea más modesta de provincia se consideraba igual al Gran Soviet de Petrogrado y actuaba en consecuencia; a la vez, en su seno, la minoría no se ligaba a las decisiones de la mayoría: en seguida se convertía en una organización autónoma y decidía en completa soberanía sobre los problemas que dividían a la nación. Llegaron a formarse hasta unas treinta repúblicas autónomas a lo largo del verano. ¿No era el mismo régimen representativo lo que se cuestionaba? En febrero, los rusos demandaban una asamblea constituyente elegida por sufragio universal, igualitario y secreto; pero en las elecciones municipales de mayo y junio de 1917, las primeras organizadas en libertad, hubo un 40% de abstenciones. Para los ciudadanos de la nueva república, el problema ya no consistía en un gobierno mejor o diferente, se trataba de gobernarse a sí mismos. Un veterano, liberado tras cuarenta y cinco años de servicio, escribe al soviét: “Quiero señalarles esta voluntad de gobernarse a sí mismos (*svoevolie vlast'*) que existe en nuestra provincia. El comité político, la dirección de agricultura, la dirección de abastecimiento, el comité agrario, el tribunal de paz, el tribunal administrativo, el soviét, el comité de relaciones, etc., cada uno quiere mandar; éste, aquél, un tercero. Uno no sabe a quién hacerle caso ni dónde quejarse. Y mientras tanto, el descontento aumenta. No hay orden, esto no puede seguir así.”<sup>10</sup> Toda delegación estaba marcada por el oprobio, toda autoridad era insoportable. Los

<sup>10</sup> Archivos de la revolución, CGAORSSSR, 3, 1, 263, 217.

rusos se decían socialdemócratas o socialistas-revolucionarios u otra cosa: en realidad, sus actos procedían de una especie de anarquismo, pero pocos estaban al tanto de esto, pues la propaganda anarquista no tenía eco. Quizás esto explique el relativo fracaso de los soviets nacidos en febrero: aceptados como agentes de destrucción de la antigua autoridad, fueron rechazados en cuanto se volvieron una institución. Cuando pretendieron gobernar, no se les hizo más caso que a los *prikazes* de Kerenski. Los rusos se habían vuelto hostiles a cualquier forma de parlamentarismo, a toda autoridad centralista, querían decidir por sí mismos su propio destino.

De hecho, en el otoño de 1917, la metamorfosis se completó. Los rusos ya no reconocían la autoridad del antiguo sistema heredado. “Es el mundo patas arriba”, dijo un industrial, obligado a asistir a un mitin y a recibir, luego, una paliza. A menudo, en las reuniones paritarias instauradas desde el verano, era el comité de fábrica el que enseñaba a los antiguos maestros de la economía lo que debían saber sobre los derechos de los trabajadores.<sup>11</sup> El mismo comité actuaba como policía del establecimiento y ocupaba los locales de administración. En el campo, los soviets procedían sin continencia a la distribución de tierras, mientras que en las pequeñas ciudades, los comités populares se apoderaban de las tiendas de los comerciantes y vendían ellos mismos productos requisados en el campo. Así, desde antes de octubre, el proletariado empezaba a ejercer su dictadura: la basaba sobre los principios de un nuevo derecho, cuyas consideraciones, en la práctica, no carecían de generosidad. El embrión de un nuevo orden político, económico y social empezaba a formarse: es lo que Lenin sintió profundamente, desde su exilio en Finlandia, cuando terminaba de escribir *El estado y la revolución*. De esta manera, dicho análisis iniciado previamente era tanto un diagnóstico pertinente de la situación como una ponencia teórica.

Fue entonces cuando el golpe de estado de Kornilov volvió brutalmente a los rusos a la realidad.

\*

El peligro de una contrarrevolución era una amenaza real. Kerenski, el sovieta y los bolcheviques, provisionalmente asociados, lo sabían y

<sup>11</sup> Cf. V. Auerbah, “Revoljucionnoe obscestvo po lisnym vospominaniam”, *Archiv russkoj revojuicii*, XIV.

estaban preparados: como en marzo, les llegaron miles de mensajes unánimes de todas las Rusias. Soldados, marinos, obreros y campesinos exigían un castigo ejemplar para los traidores. El partido bolchevique les hizo eco.<sup>12</sup> Está claro que la tentativa de Kornilov había tenido una resonancia considerable; el país se encontraba trastornado, las clases populares estaban exasperadas. No obstante, prisioneros de su propia política conciliadora, Kerenski y el comité ejecutivo de los soviets trataban a sus adversarios con miramientos. Perdieron el favor de la opinión pública, que no se explicaba cómo la preocupación por la paz civil pudo llegar al extremo de otorgar el perdón a la contrarrevolución. En las elecciones de septiembre, los bolcheviques arrasaron con un éxito triunfal.<sup>13</sup>

En esa época, los soviets se reencontraron con el papel que habían desempeñado no mucho tiempo atrás: el de fortalezas proletarias plantadas en territorio enemigo. Sin embargo, en la *kerenskina*<sup>14</sup> el problema del poder ya no se postulaba en los mismos términos que en febrero, porque el gobierno había perdido toda autoridad. Para conquistar el poder, bastaba que un grupo, por reducido que fuese, actuara con determinación para lograr ejercer una autoridad que no guardaba proporción alguna respecto de su fuerza real. Kerenski estaba completamente consciente de dicha situación: quería dar nueva fuerza a los amigos del gobierno, gracias al relevo del Consejo de la República y del parlamento. Por el contrario, Lenin contaba con la neutralidad de la opinión, que dejaría actuar a la vanguardia bolchevique, la cual, de acuerdo con los soviets y en su nombre, acabaría con el antiguo gobierno.

En los días que precedieron a la insurrección de octubre, nadie se imaginaba, mucho menos los bolcheviques, que el partido de Lenin tomaría el poder para sí y para siempre. ¿No había luchado él durante seis meses contra la coalición de mencheviques-socialistas-revolucionarios, porque ésta desempeñaba el papel de autoridad centralista? Sólo unos cuantos iniciados entre los bolcheviques habían podido presentir la orientación. ¿Cómo se podría haber anticipado esto en un momento en el que, lejos de constituir una formación monolítica, se habían separado en grupos hostiles, como las demás formaciones?

<sup>12</sup> Archivos de la revolución, CGAORSSSR, fondos 3, 4 978, 6 978, 1 244, etcétera.

<sup>13</sup> Recordemos que en el II Congreso de los Soviets, en octubre, había 390 bolcheviques en un total de 693 delegados.

<sup>14</sup> Denominación peyorativa dada a la época de Kerenski.

Pero, por el contrario, el pueblo había constatado que habían sido los únicos en aprobar todas las iniciativas de las masas que contribuyeran a eliminar el antiguo orden de las cosas: relaciones sociales, relaciones económicas, subordinación nacional, diplomacia secreta. Su actos siempre se dirigían hacia la desintegración. Y las fuerzas vivas de la revolución se inclinaban en ese sentido. Además, frente a los ministros burgueses y a los reaccionarios, la manera de actuar de los bolcheviques no delataba ninguna debilidad y los sucesos muchas veces les habían dado la razón.

Los revolucionarios afirmaban que los traidores amenazaban abandonar la capital. Para poder cerrar filas frente a los reaccionarios, es decir, el gobierno y los alemanes, que eran “todos cómplices”, hicieron resonar acentos jacobinos. Se volvieron a agrupar alrededor de los soviets bolchevizados por una reacción de autodefensa, como lo habían hecho poco tiempo atrás en torno a la comunidad amenazada. En consecuencia, las jornadas de octubre parecieron una operación defensiva, para defender la revolución contra el gobierno o contra los que amenazaban su existencia, tanto como una operación ofensiva, para que la revolución pudiera pasar a una nueva etapa e instituir el poder de los soviets bolchevizados. Para los demás, fueron los soviets los que proclamaron la caída del régimen instaurado en febrero. Fueron los soviets los que proclamaron también los decretos sobre la tierra, sobre la paz y sobre la autodeterminación de los pueblos. En lo que concierne a la opinión pública, no existía otro poder que el de los soviets, es decir, la república de los ciudadanos.

Aquí tenemos un desenlace. Para los obreros, los soldados y los campesinos, se trataba de vengar lo ocurrido en febrero, la revolución que les había sido escamoteada. Existía, además, un malentendido que sería perpetuado por las necesidades de la guerra civil, el fracaso de la revolución europea, la intervención extranjera y las circunstancias, pero que se cristalizó en el grito de sorpresa de un desconocido, el mismo día decisivo de octubre, en el momento en que los bolcheviques anunciaban, en el nombre del congreso de los soviets, la formación de un consejo de comisarios del pueblo: “¿Qué, de nuevo un gobierno...?”

## OCTUBRE: ¿INSURRECCIÓN O REVOLUCIÓN?

Desde 1917, los partidarios y adversarios de octubre debatían sobre qué naturaleza tenía el suceso: golpe de estado, insurrección o revolución. Unos insistían sobre el carácter masivo del levantamiento y sobre la adhesión de la mayoría; otros denunciaban un complot de un solo partido, señalando que se había quedado con el poder para siempre.

En realidad, lo que ocurrió fue que de manera simultánea hubo una revolución, una insurrección y un golpe de estado. Los participantes activos eran pocos, pero también eran pocos los oponentes.

Hubo una revolución en el sentido de que, hasta septiembre, no se habían opuesto los dos poderes nacidos en febrero: el gobierno provisional y el soviét de Petrogrado convertido en soviét de diputados. De un lado, estaban dichos órganos, y del otro los comités y soviets de base, impacientes por ver la realización de sus aspiraciones. Por ende, los sucesos de octubre asumieron el aspecto de un cambio radical de la situación normal y no fueron considerados solamente como si una minoría hubiese llevado a cabo un golpe de estado. De hecho, octubre fue una prueba de fuerzas entre un gobierno sin estado, el de Kerenski, y un estado sin gobierno, o sea, instituciones como el soviét de comités de fábrica, el soviét de comités de vecindades, los guardias rojos, etc., que seguían las directivas del comité revolucionario del soviét de Petrogrado, es decir, el partido bolchevique y sus grupos armados (marinos, soldados, etcétera).

Octubre también es una insurrección, porque el comité revolucionario del soviét de Petrogrado había planeado una manifestación de masas, que por iniciativa de Lenin se convirtió en una manifestación armada, para tomar el poder ahuyentando al gobierno en nombre de los soviets, de manera tal que las fuerzas de izquierda que no eran bolcheviques se fusionaran con ellos.

Pero en Octubre también se dio un golpe de estado, que fue obra única y exclusivamente de Lenin, al proclamar la deposición del gobierno en nombre del comité revolucionario y no de los soviets. Lenin desconfiaba del legalismo revolucionario del soviét de Petrogrado y de Trotski, que serían capaces, llegado el caso, de negociar la toma de poder entre los partidos de extrema izquierda, los sindicatos y las demás organizaciones revolucionarias. Al proclamar la deposición del gobierno provisional en nombre de una instancia creada a lo largo del proceso de insurrección, ya no se dependía de ninguna